

EL MARCO INTERPRETATIVO DE LA RED SOCIAL

Esteban San Juan
IES Corralejo, Fuerteventura

RESUMEN

El modelo de redes sociales constituye en la actualidad un paradigma de investigación sugerente para la conceptualización de determinados escenarios de habla en los que las producciones vernáculas se identifican con la identidad local frente a las variantes estándares, vinculadas a la identidad foránea. No obstante, los investigadores no se ponen de acuerdo a la hora de aceptar la contundencia con la que se establece la relación lengua-red. Por ello, en la presente investigación se propone una revisión de la teoría sociológica que da sentido a la interpretación lingüística y una ampliación del concepto de red social en aras del fortalecimiento interno del modelo.

PALABRAS CLAVE: red social, teoría sociológica, escala de integración reticular.

ABSTRACT

Nowadays, the social networks model has become a very useful research paradigm to study certain speech communities in which vernacular forms are associated with the local identity, whereas standard variants are related to the foreign identity. Nevertheless, there is not a complete agreement on the degree of relationship between language and social networks. For this reason, the aim of this paper is to review the sociological theory used in linguistic research and, at the same time, to extend the concept of social network in order to improve the inner strength of the model itself.

KEY WORDS: social network, sociological theory, network strength scale.

1. INTRODUCCIÓN

Es posible hablar en nuestros días de la coexistencia de diversos modelos sociolingüísticos que, desde una u otra postura, tratan de dar interpretaciones a las diferentes parcelas de la relación entre la lengua y la sociedad. Con el tiempo, cada uno de ellos ha ido depurando las bases en que se sustentan, de modo que no parecería trivial lanzar afirmaciones del tipo «la Sociolingüística atraviesa un estadio de relativa madurez científica» —teniendo siempre presente, claro está, el tardío despertar de esta disciplina en comparación con otras tendencias en el análisis del lenguaje. Ello se aprecia, esencialmente, en el mayor interés y atención prestada por los analistas a



la hora de establecer y caracterizar de un modo adecuado los modelos teóricos que habrán de servir de sustento a la interpretación de los procesos de variación y cambio lingüísticos operados en comunidades de habla que presentan una organización diferente. Estos múltiples ejercicios de exégesis de la realidad sociolingüística han puesto de manifiesto, como no podría ser de otra manera, un aspecto fundamental y definitorio del devenir histórico de la ciencia: un mismo hecho de la realidad suscita diversas explicaciones, cada una amparada por la tradición académica que guía la actuación del investigador. En la actualidad, habremos de aceptar que, gracias precisamente a tales posicionamientos en una u otra dirección, el escenario para el debate intelectual ha quedado abierto al enriquecimiento y la discusión, y es en este contexto donde habrá de tomar sentido la sucesión de los estudios futuros.

Un ejemplo interesante para centrar el debate sobre la relación entre la lengua y la sociedad —o, lo que es lo mismo, en torno a la adecuación de los constructos teóricos sociológicos a la interpretación de los usos lingüísticos— es el representado por la Sociolingüística de redes. Ello se debe a que la situación presente por la que atraviesa este modelo parece ser el punto de encuentro de grandes desacuerdos en torno a las posibilidades que ofrece la red social para abordar de forma comprensiva los procesos de variación y cambio ocurridos en los escenarios naturales de interacción social. Quienes se muestran más optimistas tratan de defender la validez interna de un paradigma que, dadas sus características, permite interpretar la vigencia o el retroceso en el uso de las formas vernáculas en comunidades de reducido tamaño —puesto que resultaría imposible, o sumamente complejo, arguyen los defensores de esta postura, trazar las redes reales de los hablantes en una comunidad a gran escala— en las que estas variantes lingüísticas se identifican con la identidad local o grupal. Quienes plantean restricciones al modelo, por su parte, apuntan la incapacidad de la red para funcionar como una estructura que explique la actuación de los subgrupos de hablantes que comparten un escenario social más amplio, como pueda ser una gran ciudad. El ataque de los proponentes de esta postura se produciría, pues, no solo contra la validez interna, sino también contra la validez externa del paradigma reticular.

La presente investigación parte de la asunción de que la situación anteriormente descrita —esto es, la existencia de discrepancias a la hora de aceptar el valor explicativo de la red— no debe ser concebida como una barrera que obligue a diseñar el análisis en otras direcciones que abandonen una herramienta conceptual no explorada lo suficiente hasta el momento. Antes bien, podría ser tomada como un arranque sugerente para los estudios venideros que traten de perfilar las intrincadas interconexiones entre las producciones lingüísticas y el espacio social en que tienen lugar. En este sentido, convendría comenzar con un replanteamiento de los diversos conceptos que intervienen en el problema que se está tratando (relación lengua-red) desde la raíz misma de su formulación. Esto es, ¿es, en efecto, la red una variable con suficiente poder explicativo para los procesos de variación y cambio? Si la respuesta es afirmativa, ¿cómo ha de vincularse este constructo con la realidad social a la que representa?, y ¿cómo debe ser interpretada por el analista? Dado que, como ya se ha comentado, existen dos posturas al respecto, cabría la posibilidad de acometer una disección del esqueleto teórico de cada propuesta con el fin de localizar el punto de

arranque de las divergencias. Dando un paso más en este proceso, sería interesante observar los hallazgos desde dos ángulos: 1) los puntos contrapuestos obedecen a diferentes sesgos ideológicos que llevan a los investigadores a legitimar un modelo sobre el otro; en tal caso, el debate sería infructuoso dada la imposibilidad de reconciliar posturas; 2) la disparidad interpretativa se sustenta en la necesidad de una revisión más profunda y detallada del modelo desde el seno mismo de la Sociología, aspecto este que posibilitaría la apertura de cauces de interconexión entre una y otra propuesta y, como es obvio, un enriquecimiento del debate.

En definitiva, tras una revisión de las bases sociológicas que anteceden a las doctrinas lingüísticas, en esta investigación se ha optado por partir de una redefinición de la estructura de la red que provea una visión más comprehensiva del modo en que el individuo se conecta socialmente con su entorno y así probar la efectividad de este modelo en el campo de la interpretación lingüística. Esta propuesta ya había sido esbozada en un trabajo precedente (San Juan y Almeida 2005). En el mismo, se había planteado la necesidad de extender la conceptualización del escenario social con el fin de comprobar si la inclusión de mayor información sociológica en la construcción cuantitativa de la variable *red* podría dejar una menor proporción de la varianza expuesta al azar (entendido este como la varianza sistemática secundaria y la varianza error). Sin embargo, no se había profundizado en el aparato teórico que legitimaría dicha línea de análisis, tan solo en los aspectos estadísticos.

2. ASPECTOS TEÓRICOS

2.1. PRELIMINARES: LOS POSICIONAMIENTOS FUERTE Y DÉBIL

La incorporación de un modelo teórico de un campo del saber como el sociológico al análisis lingüístico se ha convertido en una tarea harto compleja que ha motivado un amplio discurrir de opiniones entre los investigadores. En primer lugar, parece lógico que haya de existir una compatibilidad en las orientaciones epistemológicas de una y otra disciplina —Sociología y Sociolingüística— con el fin de delimitar un marco común de interpretación de la realidad social que permita ubicar los hallazgos sociológicos más sobresalientes en el punto de mira de la Sociolingüística. En segundo lugar, es una evidencia notoriamente comprobada que, de entre las diferentes esferas del comportamiento social humano, el lingüístico es el que presenta unos límites de estudio más amplios y complejos por cuanto entra en contacto con diversos dominios del saber, a la vez que se resiste a un análisis experimental en el que todos los condicionamientos se hallen bajo el auspicio manipulativo del investigador.

Aun aceptando el reto de esta complejidad, la Sociolingüística seguidora de las propuestas de L. Milroy lleva ya tres décadas defendiendo las compatibilidades entre un modelo sociológico y una perspectiva lingüística que convergen en una necesidad esencial: centrar el interés científico sobre el comportamiento de los seres humanos en su entorno personal y social más inmediato como un paso previo e imprescindible para interpretar los fundamentos de la sociedad global. Tanto ha calado este modo de interpretar los sistemas sociales dentro del panorama de la



Sociolingüística que autores como Labov, un claro exponente de las explicaciones basadas en la estructura de clases, ha realizado algunas investigaciones que tienen como objeto probar la validez de esta variable (red social) y su conjunción con categorías sociales preestablecidas como la clase (Labov 1972, 2001, Labov y Harris 1986). Sin embargo, los resultados de estos análisis, y los de otros anteriores y posteriores (Bot y Stoessel 2002 —citados en Evans 2004—, Brouwer y Van Hout 1992, Villena Ponsoda 2003, Villena Ponsoda y Requena Santos 1996), se muestran escépticos a la hora de aceptar la total validez del modelo de redes.

Las restricciones que proponen estos autores, incluidos en el que ha sido denominado *posicionamiento débil* (Villena Ponsoda 2003), están basadas en varios presupuestos. En primer lugar, desde esta postura se ha destacado la incapacidad de la red social para acometer un análisis más allá de los subgrupos poblacionales, por lo que no podría aportar una visión global de la variación lingüística en comunidades urbanas de gran tamaño, como Filadelfia (Labov 2001: 326-328). Existirían, además, otros condicionamientos relacionados con la historia social de los individuos que, a juicio de Labov, primarían por encima de sus relaciones a la hora de interpretar los procesos de variación y cambio. Por otro lado, uno de los puntos fuertes de las conclusiones de estos autores, con el que tratan de restar valor explicativo a la red como paradigma de investigación (esto es, al posicionamiento clásico), se sostiene sobre la mayor significación estadística de los atributos sociales en los resultados de sus trabajos.

Con los hallazgos de estos análisis se han creado barreras ideológicas que, si se acude al trasfondo argumentativo de cada perspectiva, podrían parecer, en principio, infranqueables. Sin embargo, si lo que se pretende es desarrollar una vía de investigación más amplia, conciliadora y reflexiva, en la que se atienda a la creciente aparición de situaciones de enorme complejidad en las sociedades urbanas modernas —cuyos fundamentos organizativos difícilmente pueden ser abarcados desde una única línea de análisis—, habrían de buscarse puntos intermedios que puedan dar respuestas comprensivas a los procesos de variación y cambio. Lo primero que ha de tenerse en cuenta es que, como ya se ha señalado desde la propia Sociología (Barnes 1954/1990, Bott 1957/1990, Wellman 1988), distintos tipos de redes se asocian con una u otra estructura de clase, así como con las diversas morfologías de las comunidades. A ello se suma el hecho de que la clase y la red no son conceptos excluyentes: la adquisición de una u otra posición social está muy vinculada al tipo de lazos mantenidos por los individuos en relación a la asequibilidad de los recursos sociales (asunción que no ha sido dejada al margen por ninguno de los proponentes de las dos posturas mencionadas). Los individuos no se encuentran, pues, encapsulados en estructuras estáticas, sino que pueden ir ampliando o restringiendo sus márgenes de actuación social.

En segundo lugar, al propio concepto de *historia social*, aclamado por Labov (2001: 326-328), podría subyacer la noción de red. Cabría afirmar que los individuos comparten una misma historia porque mantienen lazos similares y pueden ir estableciendo nuevas relaciones en el marco de una estructura que no les es del todo ajena o, por el contrario, abandonar las estructuras anteriores e incorporarse a otras. En tercer lugar, podría sugerirse que el hecho de que en la actualidad el modelo de

redes no haya podido extender sus límites más allá de subgrupos poblacionales o de localidades de tamaño relativamente reducido obedezca a dificultades metodológicas en el trazo y medición de las redes que puedan verse solventadas en el futuro con trabajos de mayores pretensiones. No hay que perder de vista que, dada la complejidad de la construcción cualitativa y cuantitativa de la variable red, la investigación reticular se ve abocada en el presente a verter sus esfuerzos en el fortalecimiento interno del modelo, paso imprescindible para las generalizaciones que puedan ser lanzadas en el futuro.

En cualquier caso, lo que sí parece claro es que los proponentes del posicionamiento débil no han confeccionado una teoría de bases tan sólidas como las aportadas por L. Milroy y sus seguidores, quienes se han preocupado en mayor profundidad por vincular los usos lingüísticos de los hablantes con patrones comportamentales dictados desde la Sociología. Además, es preciso no perder de vista que, por muy bajas que en algunos casos resulten las correlaciones estadísticas, lo cierto es que existe algún tipo de relación entre la variación lingüística y la red social. Este es, tal vez, el hallazgo que motiva la sucesión de trabajos en esta línea.

2.2. LA EXPLICACIÓN SOCIOLÓGICA

Si centramos la discusión en los presupuestos sociológicos que sostienen los dos posicionamientos sociolingüísticos mencionados (fuerte y débil), nos daremos cuenta de que la diferente concepción de la red como estructura en uno y otro caso obedece, principalmente, al desarrollo sociológico del modelo reticular en ambas orillas del Atlántico. La versión clásica del modelo, tanto en su vertiente sociológica como sociolingüística, es heredera de la incorporación al mismo de los aspectos más destacados de la Teoría del intercambio (desarrollada en Gran Bretaña). Esta teoría propone, *grosso modo*, una concepción de la red social como una estructura portadora de un contenido determinado que ejerce diferentes presiones sobre el comportamiento de los individuos según la mayor/menor valoración que estos experimentan hacia el contenido manifiesto de los vínculos que establecen con los *alter*. El objeto de estudio en estos casos es siempre una red de tamaño relativamente pequeño o mediano, y no existe una preocupación por extender el análisis más allá de los límites de la misma (este aspecto será desarrollado en el siguiente apartado). La perspectiva representada por Labov (Labov 2001, Labov y Harris 1986), en cambio, si bien no se manifiesta abiertamente, parece deudora del desarrollo americano del modelo sociológico de redes. Hay que tener en cuenta, a modo de aclaración para entender la argumentación que se está desarrollando, que tanto Labov como sus seguidores, al contrario de lo que ocurre con la línea de investigación abierta por L. Milroy, no respaldan la interpretación de los hechos sociolingüísticos en la teoría sociológica de redes en sentido estricto. No obstante, la concepción de la que parte este conjunto de trabajos, así como la operativización que hacen los autores de la variable *red* llevan a pensar que la filosofía de la sociolingüística laboviana de redes se halla imbuida del espíritu sociológico americano. Conviene, pues, comentar los fundamentos de esta corriente.



La Sociología americana de redes se centra de manera especial en los avances matemáticos y supone, sobre todo, una visión diferente a la británica en torno al modo en que las relaciones ejercen presiones de comportamiento sobre los individuos. Wellman (1988) aclara que la diferencia fundamental entre los analistas británicos y los americanos radica en el hecho de que en los primeros no hay una preocupación por la forma de las redes, mientras que en los segundos sí. De hecho, la estructura de los tejidos reticulares es una cuestión prioritaria en los análisis americanos, por lo que la red toma una dimensión gráfica que no había sido explotada por los análisis precedentes. Los sociólogos estadounidenses se centran, de este modo, en la estructura de la red y en el lugar en que los actores están situados en ella, ampliando así el tamaño del objeto de estudio (las investigaciones ya no se ocupan tanto de redes de reducido tamaño). La noción fundamental desarrollada bajo esta óptica es la de *equivalencia estructural*. Este término hace referencia a cómo dos actores están vinculados entre sí en relación al resto de individuos de su red social, teniendo en cuenta que esta posición es el factor que ejercerá presiones sobre sus patrones de comportamiento. Se dice, por tanto, que dos actores son estructuralmente equivalentes si tienen lazos idénticos hacia y desde el resto de actores de la red y, en consecuencia, sobre ellos recaen las mismas fuerzas estructurales (Wasserman y Faust 1994: 356); de ahí que dentro de una red la misma información (de cualquier tipo) solo puede ser compartida por aquellos miembros que estén situados en una misma ubicación de su estructura.

Varias cuestiones capitales tratadas en la tradición sociológica son retomadas por esta perspectiva a la luz del nuevo concepto mencionado. Este es el caso, entre otros, del *estatus*. Burt (2003), por ejemplo, considera los estatus como conjuntos de roles estructuralmente equivalentes. En este sentido, los actores ocuparían conjuntamente un solo estatus cuando tienen interacciones similares a la vez que son objeto de interacciones similares dentro de un sistema dado de actores.

Dentro de este marco estructuralista de las redes también ha habido varios intentos por delimitar el contenido de los vínculos que mantienen los actores que presentan una misma equivalencia estructural y, por consiguiente, las mismas presiones normativas de la red. Yamagishi (1987), por ejemplo, inmerso en los aspectos del intercambio, propone dos factores que explicarían la dependencia de un actor sobre otro. El primero de ellos es el valor que confiere un individuo a los recursos sociales controlados por el otro. El segundo de los factores tiene que ver con la facilidad con la que un individuo puede obtener el mismo recurso de fuentes alternativas. De esta manera, es la estructura de la red la que determina la asequibilidad de un recurso que se halla ubicado en un punto de la misma. Erickson (1988), por su parte, considera que las actitudes semejantes entre un grupo de actores relacionados también son efectos de su localización estructural. Según la autora, las personas estructuralmente equivalentes tienden a tener actitudes similares debido a que son proclives a actuar de la misma manera con los mismos tipos de actores.

El desarrollo productivo de la noción de equivalencia estructural es el punto de partida que ha guiado gran cantidad de análisis actuales de redes dentro de la Sociología americana. Buena parte de este esfuerzo se ha centrado, sobre todo, en la confección de complejos análisis matemáticos que permitan delimitar la situación de los actores sociales (o cualquier otro tipo de puntos) dentro de una estructura

relacional determinada. Una lectura actual del desarrollo histórico del modelo en uno y otro lado del Atlántico, pese a los puntos divergentes que se puedan alegar, podría llevar a plantear la existencia de grandes concomitancias entre ambas vertientes. Se trataría, al fin y al cabo, de dos ejercicios de exégesis de la realidad social que, tomando como referencia una misma estructura, ponen su énfasis en uno u otro aspecto de la misma para extraer conclusiones en el fondo similares. Además, no sería ocioso afirmar que nos encontramos ante dos perspectivas que han acotado de diferente manera el objeto de análisis: por un lado, redes de tamaño relativamente reducido construidas a partir del anclaje de sus miembros a su entorno social primario (línea de investigación británica); por otro, redes más extensas en las que se contempla la posibilidad que tiene el individuo de ir expandiendo sus contactos y límites de actuación social (línea de investigación norteamericana). En cualquier caso, lo llamativo de este aspecto radica en que, hasta el momento, no se haya contemplado la posibilidad de aunar ambos constructos estructurales.

2.3. LA RED COMO ESTRUCTURA

El mayor esfuerzo de los investigadores por conceptualizar el espacio social de los actores proviene de la confección de la denominada *escala de integración reticular*. Esta herramienta, previa realización de un concienzudo trabajo etnográfico, permite, como se sabe, la cuantificación de la integración de los hablantes en el tejido de sus relaciones personales. Ahora bien, si se hace una revisión de la bibliografía gestada al respecto, se observa que los analistas han aportado una visión diferente no solo del modo en que la red ejerce presiones normativas de comportamiento sobre los actores sociales, sino también en torno a la morfología misma de la estructura reticular; y esto, como es obvio, repercute en el resultado e interpretación de los análisis.

El trabajo clásico de la sociolingüística de redes (L. Milroy 1980/1987) es deudor de la visión de Bott (1957/1990) en lo que a la concepción de la estructura de la red se refiere. En este sentido, L. Milroy se preocupa por la posición que ocupa el individuo en el entramado social solo en virtud de las relaciones inmediatas que mantiene este con su entorno más próximo. Se considera, pues, que una menor integración en dicho tejido reticular implica un mayor contacto y número de vínculos externos; pero estos no son cuantificados. Si bien esta concepción estructural de la red es adecuada a los propósitos y al objeto de análisis de Bott (autora que se centró en el estudio de las normas de consenso de familias londinenses según su vinculación a sus barrios de residencia), no lo es, podría pensarse, para un estudio de dimensiones lingüísticas. Ello es debido, en primer lugar, a que no se cuantifica la exposición de los hablantes al resto de normas lingüísticas que circulan por la comunidad a gran escala; se presupone, simplemente, que una menor integración en una red densa vernácula implica una mayor producción y consciencia de los rasgos lingüísticos supralocales. En segundo lugar, con la propuesta de L. Milroy no se obtiene una visión del acceso del individuo a los recursos simbólicos ofertados por la comunidad global; esto es, cabría la posibilidad de tener en cuenta la valoración que hace el individuo de los recursos sociales calificados por él como beneficiosos que le



pueda ofrecer un tipo u otro de contacto externo (sin dejar, por ello, de valorar los beneficios internos). Además, se desconoce qué posición ocupa una red densa en el conjunto de la red de redes que supone una comunidad más extensa (una ciudad, por ejemplo) para así valorar desde una perspectiva más amplia la mayor o menor permeabilidad de una estructura trabada a la nueva información lingüística. En definitiva, todos los aspectos concernientes a los vínculos contraídos en el exterior de una red densa quedan relegados por L. Milroy a la interpretación cualitativa. No obstante, el mayor acierto y contribución de este trabajo radica en la meticulosa cuantificación de la arena social local.

Otros trabajos situados en el posicionamiento fuerte, como es el caso del de Bortoni-Ricardo (1985), tratan de dar un paso más con respecto al estudio de L. Milroy sobre el inglés de Belfast y dan cabida al cambio estructural que pueden experimentar las redes (esta posibilidad analítica proviene, como es obvio, de las propias características de la situación social estudiada por la autora). Bortoni-Ricardo utiliza dos tipos de índices: por un lado, un índice de integración que mide el paso de redes homogéneas a redes más heterogéneas y, por otro, un índice de urbanización, que consta de una serie de variables que miden la exposición de los individuos a la cultura urbana (nivel de escolaridad, grado de exposición a los medios de comunicación, conocimiento de política, etc.). A diferencia del trabajo de L. Milroy, Bortoni-Ricardo sí contempla la posibilidad de concebir la comunidad a gran escala como una red de redes en la que los recursos simbólicos de la misma fluyen a través de los diversos vínculos que unen sus puntos. Aun así, en el estudio de Bortoni-Ricardo sobre el portugués brasileño no se realiza una medición en sentido estricto de la integración de los hablantes en sus redes locales, sino la integración de estos en las nuevas redes urbanas. En cualquier caso, la mayor aportación que realiza la autora es la de cuantificar la integración supralocal de los hablantes.

Los representantes del posicionamiento débil del modelo, por su parte, si bien no se han interesado tanto por ahondar en los condicionamientos sociales y psicosociales que mueven a los individuos a actuar en una u otra dirección en el seno de sus estructuras relacionales densas, sí prestan una gran atención a la viabilidad de extender el objeto de estudio y concebir la estructura reticular de un modo más amplio. Labov (2001), por ejemplo, admite la posibilidad de que en un mismo individuo confluyan varias orientaciones sociales: los hablantes pueden presentar una gran integración en su comunidad local a la vez que contraer muchos lazos fuertes en el exterior. De hecho, en la confección de su *índice de comunicación*, además de cuantificar la vinculación de los sujetos a sus barrios de residencia, toma en consideración los contactos potenciales (Labov 2001: 336-339). De este modo, se da un paso importante en la caracterización de los líderes de los cambios lingüísticos, pues se acepta que pueden ser sujetos bien integrados en sus áreas locales a la vez que en las supralocales. La ciudad de Filadelfia queda concebida, pues, como una gran red de redes en la que el flujo de información lingüística de un punto a otro es localizado con precisión por el analista. En otras palabras, se cuantifica una mayor proporción del tejido reticular y se asume que las presiones normativas para el comportamiento de los hablantes han de ser buscadas en los distintos tipos de vínculos que estos establecen.

Otro trabajo sugerente, por cuanto expande los límites de la estructura de la que se está hablando, es el de Trudgill (1996). El autor asume que, en efecto, la estructura de la red por sí misma —se presupone que hace referencia al tejido reticular tal como es concebido por los analistas del posicionamiento fuerte— no es suficiente para explicar el grado de concentración/dispersión que experimentan las normas lingüísticas; por eso propone que a este factor se le añada el grado de aislamiento/apertura de los hablantes o de la comunidad. De este modo, distingue Trudgill cuatro tipos generales de comunidades de habla: 1) comunidades de lazos fuertes con un grado de contacto exterior bajo; 2) comunidades de lazos fuertes con un grado de contacto exterior alto; 3) comunidades de lazos débiles con un grado de contacto exterior bajo; y 4) comunidades de lazos débiles con un grado de contacto exterior alto. En el fondo, una lectura *a posteriori* de esta concepción revelaría que en los cuatro supuestos subyace una misma red compuesta de diferentes tipos configurativos y organizativos. Visto así el problema, cabría asumir que la adición del grado de aislamiento/apertura de la comunidad a la variable *red* no es otra cosa que aceptar que el objeto de estudio es una estructura inserta en otra de mayores dimensiones.

La concepción amplia del espacio vital (o radio de acción) de las redes sociales no ha escapado al punto de mira de algunas propuestas sociológicas actuales. Requena Santos (2008) relaciona este concepto —*red social*— con el de *sociedad civil*, de tal modo que el primero se encuentra en la base de la definición del segundo. Se parte del axioma de que el Estado es una gran red en la que los individuos, grupos, asociaciones, movimientos, etc., están interconectados (de un modo formal o informal) en la esfera pública mediante el flujo de transacciones de información, valores o recursos. Este tejido se constituiría, pues, en el intermediario que facilitaría el acceso del individuo a las instituciones estatales, entendidas estas no solo de un modo físico, sino también conceptual (Requena Santos 2008: 1-21).

3. HIPÓTESIS

A la luz de la exposición teórica anterior se puede proponer una serie de hipótesis de trabajo. En primer lugar, cabría suponer que los dos posicionamientos enfrentados con respecto a la operatividad del modelo de redes, el fuerte y el débil, tienen puntos de interconexión. Esto es, las dos concepciones de la estructura de la red no son excluyentes; pueden ser complementarias. En este sentido, la postura clásica (fuerte) provee la visión y las herramientas analíticas necesarias para cuantificar el escenario social local. La perspectiva débil, por su parte, abre la posibilidad de complementar la conceptualización del tejido reticular local mediante la cuantificación de los lazos externos. De este modo, el acotamiento del objeto de estudio —convertido en uno de los principales escollos en el debate que se ha venido planteando— se ve ampliado y enriquecido: dado que lo que se pretende estudiar es el grado de concentración/dispersión de una norma vernácula y, en consecuencia, su nivel de convergencia hacia las normas supralocales (línea de investigación general de los estudios sociolingüísticos de redes), conviene conceptualizar el escenario social

como una gran red de redes y así cuantificar las presiones normativas internas y las externas como partes indisolubles de una misma estructura. La afirmación clásica del modelo de redes referida a la correspondencia entre una menor integración en un tejido denso y un aumento de las formas de habla supralocales (y viceversa) adquiriría un reflejo estadístico.

En segundo lugar, concebido así el marco de actuación social de los hablantes, el analista tiene la posibilidad de expandir el concepto de *comunidad de habla* —un tanto encorsetado en algunos trabajos— y, siguiendo las propuestas de Trudgill (1996) anteriormente mencionadas, comprobar el grado de permeabilidad de la comunidad objeto de estudio a las normas supralocales en todas las dimensiones que este proceso pueda cobrar. De ese modo, se establecería con mayor precisión el lugar que ocupa un tejido trabado en el engranaje de la red de redes (comunidad global), tanto en lo que se refiere a la asimilación/rechazo de las normas sociales supralocales como en lo concerniente al comportamiento lingüístico. Se presupone, en síntesis, que la concepción del escenario social basada en diferentes niveles de abstracción se ve en estrecha relación con un punto de vista amplio de la estructura reticular y ello provee, cabría esperar, las condiciones necesarias para que el conocimiento científico resulte más realista.

Si se pasa al nivel del hablante individual, esta concepción de la estructura permitiría una cuantificación de todas las posibilidades de actuación social de los hablantes; esto es: 1) individuos bien integrados en las redes locales con un contacto exterior mínimo; 2) individuos bien integrados en el tejido comunitario local con contactos externos (fuertes o débiles), y 3) individuos poco integrados en las redes locales y con contactos externos (fuertes, principalmente). Estos perfiles de los hablantes han de ser completados con información de tipo actitudinal. Es decir, hay que asumir que los lazos no solo portan un contenido relacional (amistad, parentesco, etc.), sino también emocional, en el sentido de que pueden ser mejor o peor valorados por los actores sociales en lo que a beneficios se refiere (tanto los internos como los externos). Entraríamos así en el terreno de lo que se ha dado a conocer en Sociología como *capital social*, pues los individuos valoran los recursos que pueden obtener de uno u otro tipo de contacto. Esta operación, la cuantificación de una mayor proporción de las posibilidades comportamentales de los hablantes, supondría, en principio, un mayor control sobre la varianza intrasujeto y, en consecuencia, se dejaría un margen menor a la interpretación cualitativa, por lo que habría que esperar se produzca un refuerzo del modelo.

En síntesis, desde aquí se propone, como punto de arranque del estudio de redes, una visión amplia del escenario social que permita desplazar el punto de mira analítico desde la esfera microsocioal a la macrosocioal (y viceversa) cuando las necesidades interpretativas así lo dictaminen. Se conectaría, pues, el comportamiento de los individuos dentro de sus grupos (entendido este concepto en un sentido relacional) con todo el conglomerado relacional que sustenta y da un carácter definitorio a la constitución de las sociedades urbanas modernas.

4. ASPECTOS METODOLÓGICOS

Como se ha venido comentando, el objetivo de este trabajo es comprobar si la concepción amplia de la red es una herramienta analítica útil para abordar las situaciones de convergencia lingüística de las normas vernáculas hacia las variedades supralocales. Dado que nos encontramos en un estadio inicial de esta propuesta —sujeta, como es obvio, a matizaciones y discusiones—, convendría que el estudio se centrara en espacios sociales en los que existe una continuidad local-supralocal observable y medible. A medida que nos acercáramos a situaciones en las que la relación local-supralocal sea abrupta, no podría aplicarse esta concepción, pues habría que asumir que estamos ante estructuras reticulares diferentes. Este es el caso de la investigación desarrollada por Lasarte Cervantes (2010) en Málaga. En efecto, la autora, haciéndose eco de la concepción estructural de la red detallada en el trabajo de San Juan y Almeida (2005), construye una escala de integración reticular similar. Sin embargo, dado que el objeto de estudio de la investigación sobre el español de Málaga se centra en la variedad de los inmigrantes rurales en el área urbana, el conjunto de ítems referidos a la integración local (en el sentido en que es utilizado por L. Milroy y seguido por San Juan y Almeida) no resultó relevante; de ahí que el análisis se centrara posteriormente en los tipos de contactos establecidos en la ciudad.

En resumidas cuentas, la metodología empleada en esta investigación se centra, como tarea prioritaria y esencial, en el fortalecimiento de la validez interna del paradigma reticular y, en consecuencia, en tratar de disminuir las posibles amenazas a dicha validez.

4.1. LA COMUNIDAD DE HABLA

La comunidad estudiada es la de Lomo Largo (Tenerife). Se trata de un barrio rural, muy próximo al casco de la ciudad de La Laguna, que cuenta con una población en torno a 250 habitantes. Esta comunidad presenta unas condiciones interesantes para la aplicación del modelo de redes debido, principalmente, a que su organización social no se sustenta de manera jerárquica sobre la clase, sino sobre otras estructuras y condicionamientos sociales relacionados con la identidad del barrio. Se trata de las peculiares redes de relación que mantienen los habitantes entre sí (muchas de las cuales presentan una densidad elevada) y a determinados aspectos de su tradición cultural e historia social. La sociedad de Lomo Largo ha girado en torno a un modo de vida tradicional en el que ha desempeñado un papel importante la actividad agrícola y ganadera. Esto ha propiciado que sus habitantes hayan forjado unos valores asociados a un tipo de vida peculiar que los distingue del resto de comunidades colindantes, principalmente del núcleo urbano de La Laguna. Se percibe, sobre todo entre las personas de mayor edad, un fuerte apego a los valores culturales de su barrio, así como a las tradiciones que se conservan. Existe un fuerte sentimiento del *nosotros* y una clara conciencia de pertenecer a una zona con evidentes singularidades geográficas, económicas y sociales.



Dadas estas circunstancias, se han creado fuertes vínculos a través de los cuales fluye un sistema de obligaciones contraídas entre los individuos. Ello se nota, sobre todo, en el intercambio de favores, en la ayuda prestada mutuamente como vecinos, y en la preocupación que existe ante enfermedades y fallecimientos de los miembros del barrio. Este comportamiento se percibe con mayor intensidad en los hablantes más viejos de la comunidad, entre los que se forman grupos de parentesco y vecindad altamente cohesivos.

Tras un período de total aislamiento de la comunidad (desde finales del siglo XIX, época en que empezó a asentarse la población, hasta la década de 1950), los habitantes que hoy en día conforman la generación más vieja de Lomo Largo fueron los primeros en salir del barrio y en extender sus contactos a las áreas urbanas (La Laguna y Santa Cruz de Tenerife, capital de la isla de Tenerife). La generación anterior a ellos seguía preservando, de forma generalizada, sus redes estrechas dentro de la comunidad, y desarrollando en su interior una vida ligada a la esfera agropecuaria. En esta época de primera apertura de la comunidad al exterior (décadas 50 y 60 del siglo pasado), la ciudad de La Laguna empieza a experimentar un crecimiento considerable no solo de población, sino también en lo que respecta a la asimilación de elementos propios de la sociedad urbana moderna. Aparte de la ejecución de un conjunto de obras de singular importancia para la apertura de la ciudad hacia el exterior (como, por ejemplo, el Aeropuerto de Los Rodeos, situado en el mismo término municipal, la autopista del norte de la isla, etc.), las reformas llevadas a cabo en su universidad convierten a La Laguna en uno de los principales núcleos intelectuales y culturales de Canarias.

Estos primeros contactos de la actual generación más vieja del barrio en las zonas urbanas tuvieron una diferente distribución según el género. Los hombres empezaron a establecer vínculos laborales en una fábrica de tabaco de La Laguna, mientras que las mujeres lo hacían en casas particulares de la misma ciudad, bien como asistentes, bien vendiendo la leche que producía su ganado en los espacios comerciales urbanos. En otros casos, los miembros femeninos de la comunidad no establecían vínculos externos a la misma, pues se dedicaron a las labores propias del hogar. Pese a los continuados contactos exteriores, estos individuos han seguido manifestando una mayor adhesión a los beneficios sociales proporcionados por los vínculos internos. Ello se aprecia, por ejemplo, en el establecimiento de las residencias matrimoniales en el seno del barrio o en el uso de sus espacios públicos para desarrollar sus actividades de ocio con vecinos o parientes. En cualquier caso, los beneficios proporcionados por los contactos extralocales han sido considerados simplemente como utilitaristas o mercantilistas.

La siguiente generación (esto es, sus hijos), que hoy conforma el grupo etario intermedio del barrio, ha continuado con las actividades laborales externas, si bien para ellos no es posible hablar de una distribución de trabajos por género. Tanto las mujeres como los hombres de esta generación se incorporaron a las fábricas de tabaco en que habían trabajado sus padres; otros lo hicieron en actividades laborales diferentes, mientras que un tercer grupo llegó a realizar estudios intermedios. Con respecto a sus padres, se observa una mayor apertura de sus redes, aunque los miembros de esta generación siguen valorando muy positivamente los vínculos de parentesco y de

vecindario que les proporciona el barrio. Por ejemplo, algunas de estas personas han establecido sus residencias matrimoniales en las áreas urbanas, mantienen contactos de amistad con sujetos de La Laguna o de Santa Cruz de Tenerife y hacen uso de los espacios públicos de las ciudades para desarrollar sus actividades de ocio. Aun así, son visitantes asiduos de las residencias de sus padres, familiares y vecinos del barrio, colaboran en las actividades de la localidad y siguen inmersos en el sistema de obligaciones contraídas con los vecinos de Lomo Largo.

Los miembros más jóvenes del barrio presentan un panorama de actuación social heterogéneo. En todos los casos, el desarrollo de sus actividades laborales, como es obvio, se realiza fuera del barrio. Ahora bien, en comparación con las generaciones anteriores, han diversificado el tipo de trabajos desempeñados (en algunas ocasiones, ocupan puestos de cara al público en las zonas urbanas). Además, no hay que perder de vista que los individuos de este grupo etario han accedido a una mayor promoción educativa. Tanto el tipo de trabajo desempeñado como los estudios realizados han propiciado que algunas personas de esta generación valoren positivamente los lazos externos. En este sentido, seguirían manteniendo un fuerte anclaje en el barrio basado en el parentesco, pero sus amistades íntimas y sus actividades de ocio se trasladan al área urbana. De ese modo se rompería el sistema de obligaciones contraídas basadas en la vecindad. Por el contrario, otro grupo de jóvenes sigue manteniendo sus contactos de amistad en el interior del barrio y valoran positivamente los beneficios sociales que en él encuentran.

4.2. COMUNIDAD DE HABLA Y REDES SOCIALES

Una vez descrita la comunidad, y antes de proceder en el apartado correspondiente a explicar la cuantificación del escenario social, conviene dejar clara la conceptualización del objeto de estudio en términos de la relación comunidad de habla-red social. En primer lugar, a modo de nivel de abstracción mayor, se considerará La Laguna como una gran red integrada por redes de menores dimensiones que reflejarían la constitución de la urbe por barrios (incluido, claro está, el centro urbano). Todos los tejidos relacionales se verían entrelazados entre sí y serían la base organizativa de la red amplia. Se asume, por tanto, que se produce un flujo de información, de normas, de valores y de recursos que puede ir en distintas direcciones, no solo horizontales, sino también verticales (esto es, desde las culturas vernáculas hacia la cultura dominante y viceversa).

El siguiente nivel de abstracción estaría representado por la comunidad de Lomo Largo en sí. Esto es, el barrio ha de ser visto como una red integrada en el tejido relacional anteriormente descrito. En el mismo circularían tanto las normas internas como las externas: no hay que olvidar que, por muy integrado que esté un individuo en el área local (y que este minimice sus contactos externos), la ciudad de La Laguna ha sido la fuente de las oportunidades laborales y es conceptualizada como el marco de los intercambios comunicativos institucionales y comerciales. De igual modo, por mínima que sea la integración local de un individuo (y que este expanda sus contactos en el exterior), ha de tenerse en cuenta que el barrio



ha ofrecido el contexto en el que se ha producido la enculturación de las normas sociales. Por tanto, ambos conjuntos de normas (internas y externas) fluirían en todos los puntos de la red local, si bien en unos casos cobraría mayor importancia un tipo que otro.

Como último nivel de abstracción (el más directamente observable) habrán de tomarse en consideración las diferentes configuraciones reticulares personales que actualizan los individuos en el interior y en el exterior de Lomo Largo. No ha de olvidarse que las personas interactúan principalmente y con mayor frecuencia con aquellos sujetos que les proporcionan mayor cantidad de beneficios sociales. De este modo van expandiendo o restringiendo sus márgenes de actuación. Por tanto, sería interesante observar cómo se van conformando o abandonando las relaciones intra y supralocales, pues son, a fin de cuentas, la base organizativa y constitutiva de la sociedad global.

Si se analiza el fenómeno de la estructura reticular del barrio desde una perspectiva histórica, llaman la atención dos aspectos. En primer lugar, se constata el dinamismo inherente al concepto de red. Las redes no solo van cambiando su configuración a lo largo del tiempo, sino que también se modifica el contenido emocional de los vínculos, las normas que rigen el comportamiento de sus miembros, la percepción que estos tienen de pertenencia a uno u otro grupo (una u otra configuración reticular), etc. Por tanto, es un proceso que subyace al cambio social mismo. En segundo lugar, para el caso de Lomo Largo, podría afirmarse que la historia social de los individuos ha estado estrechamente ligada a la estructura de sus relaciones. El barrio comenzó siendo una comunidad cerrada porque, al no existir una necesidad de entablar relaciones fuera (los recursos materiales y simbólicos, así como el capital social eran obtenidos en el área local), sus miembros establecieron, perpetuaron y reforzaron los vínculos internos. La paulatina apertura de la comunidad ha obedecido a la necesidad de buscar recursos externos. De este modo, a lo largo de la pasada centuria, se ha producido una situación intermedia entre el aislamiento comunitario y la apertura a nuevos contactos foráneos. La perspectiva actual informaría sobre una historia social que ya no es común a todos los habitantes del barrio, pues las nuevas generaciones son cada vez más conscientes de los beneficios reportados por la cultura dominante.

4.3. LA MUESTRA

La selección de los informantes se realizó atendiendo al principio metodológico de *anclaje*. Esto es, se escogió, en primer lugar, a un individuo *foco* conocido por el investigador. En segundo lugar, se seleccionó al conjunto de hablantes que conforma su grupo primario familiar (grupo de anclaje y zona de primer orden de la red). Por último, se escogió a un grupo más amplio de individuos (zona de segundo orden de la red) con los que los primeros (grupo de anclaje) mantienen vínculos, directos e indirectos, de uno u otro contenido (parentesco y vecindad, principalmente). En total, se delimitó una muestra de veintidós sujetos.

En el planteamiento de las entrevistas se tuvo en cuenta, como principal estrategia metodológica, la relación entre el entrevistador y el entrevistado. Se optó, en consecuencia, por que el denominador común a todas las entrevistas fuera el conocimiento mutuo entre los participantes y la pertenencia del investigador a la red social del informante mediante algún tipo de vínculo. De este modo, un grupo de entrevistas fue realizado por el investigador principal (integrado previamente en la comunidad mediante el rol de amigo del grupo de anclaje) y el resto por el individuo foco (entrenado en la realización de este tipo de tareas). Se pensó que de esta forma se accedería más fácilmente al estilo casual de los hablantes.

Otro aspecto que se controló en la realización de las entrevistas fue el marco en que se llevaron a cabo. Todas ellas fueron efectuadas en las casas de los informantes con el fin de que el entorno familiar propiciara la producción de las formas vernáculas asociadas a sus grupos de iguales. Del mismo modo, dado el conocimiento previo entre los entrevistadores y los entrevistados, los temas de las conversaciones eran cercanos a los informantes. A pesar de que los hablantes se encontraban en presencia de una grabadora, esto no supuso ningún tipo de problema para la obtención de un estilo muy cercano al espontáneo, ya que se colocaba el aparato a una distancia prudencial de forma que pasados unos minutos el entrevistado no fuera tan consciente de la presencia del equipo de grabación. Así, de cada informante se extrajo una grabación de alrededor de 45 minutos, por lo que el total del material grabado en Lomo Largo asciende a unas 16 horas.

4.4. LA VARIABLE SOCIAL

La única variable social contemplada en este trabajo es la red. Para el establecimiento de la misma se ha tenido en cuenta, siguiendo la generalidad de los trabajos de redes, la confección de una escala de integración reticular. Los principales criterios que se han utilizado en este proceso han sido, en primer lugar, de tipo teórico. Como se ha venido sosteniendo en las líneas precedentes, la conceptualización del espacio social ha de recoger la mayor cantidad de información posible. Es por ello por lo que los ítems seleccionados hacen referencia no solo a los contactos internos y externos al barrio, sino también a las actitudes de los hablantes en términos de su orientación local/supralocal. En segundo lugar, en la construcción de esta escala se ha tenido muy en cuenta la observación participante desarrollada a lo largo de todo el trabajo de campo. Esta herramienta analítica es la que ha permitido establecer los tipos de vínculos más valorados por los miembros del barrio en lo tocante a la integración en el mismo y aquellos que supondrían un proceso inverso (esto es, la no participación en las redes comunitarias e integración en estructuras relacionales urbanas). Por último, la observación participante, junto con las preguntas adecuadas en la ejecución de las entrevistas, ha posibilitado el establecimiento de los perfiles de los hablantes en relación a la orientación emocional que manifiestan.

Teniendo en cuenta lo comentado, la escala de integración reticular que se ha empleado en esta investigación ha sido la siguiente:



1. Relaciones mantenidas en el interior de la comunidad con gente de Lomo Largo:

- 1.1. Pertenencia del individuo a un grupo primario familiar de la comunidad que forme una piña basada en el parentesco (1 punto)
- 1.2. Tener lazos con al menos otros dos grupos primarios de la comunidad (1 punto)
- 1.3. Tener al menos dos amigos íntimos en la comunidad (1 punto)
- 1.4. Tener al menos dos amigos íntimos del mismo sexo en la comunidad (1 punto)
- 1.5. Desarrollar su actividad con gente del barrio:
 - 1.5.1. Trabajar/estudiar con al menos otros dos miembros de la comunidad (1 punto)
 - 1.5.2. Trabajar/estudiar con al menos otras dos personas del mismo sexo de la comunidad (1 punto)
- 1.6. Reunión (asociación) voluntaria en momentos de ocio con otros vecinos del barrio (en casas particulares o en espacios del barrio) (1 punto)
- 1.7. Participación en las actividades propias del barrio con otros vecinos, como puedan ser la Asociación de Vecinos o las fiestas anuales (1 punto)

2. Contactos mantenidos con personas ajenas a la comunidad fuera del Lomo Largo:

2.1. Amistad:

- 2.1.1. Poca o ninguna (2 puntos)
- 2.1.2. Media (1 punto)
- 2.1.3. Máxima (0 puntos)

2.2. Trabajo:

- 2.2.1. Poco o ninguno (2 puntos)
- 2.2.2. Medio (1 punto)
- 2.2.3. Máximo (0 puntos)

3. Orientación local:

- 3.1.1. Máxima (2 puntos)
- 3.1.2. Media (1 punto)
- 3.1.3. Mínima (0 puntos)

De acuerdo con esta puntuación, el valor máximo que se le puede asignar a un individuo es 14.

Como puede observarse, el primer conjunto de ítems estaría midiendo la densidad y la multiplicidad de las relaciones que mantienen los habitantes de Lomo

Largo en su entorno local (se trataría de una escala similar a la empleada en el estudio del inglés de Belfast). El segundo conjunto, por su parte, cuantifica los contactos externos que establecen los hablantes de la localidad con personas ajenas al barrio: cuanto mayor es el número de contactos externos se resta puntuación, no se suma. Por último, el tercer conjunto de ítems hace referencia a la orientación local/supralocal manifestada por los hablantes de la comunidad. Se trata del único factor de la escala que no está midiendo relaciones reales (físicas), sino el contenido emocional vinculado a los lazos mantenidos en el interior y en el exterior de Lomo Largo. En definitiva, la integración de los hablantes del Lomo Largo en su área local dependerá del aumento de relaciones en el interior del barrio, a la vez que de la disminución de contactos en las zonas externas y de la mayor orientación local manifiesta. A la inversa, una menor puntuación en esta escala será un índice inequívoco de la baja densidad de las relaciones de los hablantes en el área local y de la mayor integración en la gran red de la ciudad de La Laguna.

Por otro lado, se hace necesario aclarar que, en virtud de la estadística utilizada en esta investigación, y dado el bajo número de individuos de la muestra, los informantes fueron clasificados en dos grupos: los que presentan una integración baja y moderada en la red local (cuyas puntuaciones se mueven entre 2 y 10 puntos) y los que dan muestras de una integración alta (con una puntuación por encima de 10 en la escala de integración reticular). El primer grupo está conformado por 12 informantes y el segundo por 10.

4.5. LAS VARIABLES LINGÜÍSTICAS

Las variables lingüísticas seleccionadas están relacionadas con segmentos fónicos cuyas variantes representan alternancias entre formas rurales relacionadas con la identidad local y rasgos propios de las hablas urbanas de prestigio y de la norma del español estándar. Para la clasificación de las variantes como vernáculos/supralocales se procedió a la consulta de la información aportada por la Dialectología tradicional sobre las normas rurales del norte de la isla de Tenerife (Alvar 1959, 1966, 1975-1978, Catalán 1964/1989, Lorenzo Ramos 1976, Trujillo 1980), así como a la monografía de Almeida y Díaz Alayón (1989). De este modo, las variables lingüísticas estudiadas en esta investigación han sido las siguientes:

- (r): alternancia entre el mantenimiento y la pérdida del sonido alveolar [r] en los infinitivos con pronombre clítico (*comerlo/comeolo*). El mantenimiento del segmento se considera como la variante supralocal, mientras que su pérdida es considerada la forma vernácula.
- (s1): alternancia entre las variantes sibilante, aspirada y elidida de /s/ final de palabra en los contextos gramaticales, esto es, cuando [s] funciona como una marca de pluralidad nominal y de segunda persona del singular verbal (*las casas, tú vuelves*). La variante sibilante es la propia del español castellano, mientras que la aspiración y la pérdida son rasgos propios de la modalidad canaria. Ahora bien, dado que el sonido [h] también se asocia con los hablantes instruidos



de Santa Cruz de Tenerife y La Laguna, y con las hablas canarias en general, se decidió clasificar las variantes de (s) en un *continuum* que comprendiera desde la variante más foránea a la más vernácula en relación al ámbito local analizado: $s > h > \emptyset$.

- (s2): se analiza el mismo tipo de alternancia que en la variable anterior, salvo que se contemplaron los contextos no gramaticales, esto es, aquellos en los que [s] no indica pluralidad nominal ni segunda persona del singular verbal (*entonces, pues*).
- (l): alternancia entre las variantes lateral y vibrante de /l/ final de palabra (*carnaval/ carnavar*). La forma [l] ha sido considerada la variante supralocal, mientras que el sonido [r] representa la variedad vernácula.
- (c): alternancia entre la forma tensa y laxa de la consonante palatal africana /c/. La variante africana (tensa) es la propia de la norma del español castellano, mientras que la forma laxa (adherente) es la variante mayoritaria en el español canario.

Una vez realizada la transcripción fonética del material grabado, en la codificación de las variables se les dio el valor 1 a las formas vernáculas y a las foráneas el valor 2, salvo en los casos de (s1) y (s2), en los que a la elisión se le dio el valor 1, a la aspiración el valor 2 y a la sibilante, 3.

Tras la codificación de los datos, estos fueron sometidos a un primer análisis estadístico con el fin de obtener los valores medios y desviaciones típicas para cada variable. En un segundo análisis se aplicó la prueba de Mann-Whitney para muestras no relacionadas. Este nuevo análisis permitió medir las diferencias entre los individuos con integración baja-moderada y los individuos con integración alta en la red dentro de cada variable lingüística.

5. RESULTADOS

Antes de verificar el grado en que las variables lingüísticas están relacionadas con la red social, conviene abordar los datos proporcionados por el análisis de las medias aritméticas y los valores de la desviación típica; de este modo, se comprobará el nivel de vigencia/retroceso de las formas de habla vernáculas y supralocales, así como el grado de consenso arbitrado por los hablantes de la comunidad con respecto a las variantes alternantes (tabla 1).

TABLA 1. VALORES DE LA MEDIA ARITMÉTICA Y DE LA DESVIACIÓN TÍPICA DE LAS VARIABLES LINGÜÍSTICAS PARA CADA GRUPO DE INTEGRACIÓN EN LA RED

VARIABLES	INTEGRACIÓN EN LA RED	\bar{X}	DESVIACIÓN TÍPICA
(r)	Baja-moderada	160,3	24,6
	Alta	116,5	12,3
(l)	Baja-moderada	197,5	3,3
	Alta	189,8	7,5

(s1)	Baja-moderada	167,4	14,6
	Alta	154,3	14,9
(s2)	Baja-moderada	174,4	10,1
	Alta	159,9	16,7
(c)	Baja-moderada	122,0	18,7
	Alta	108,9	12,5

Lo primero que llama la atención de la tabla 1 es que existe una situación de coexistencia en la comunidad de las normas vernácula y supralocales. Además, la distribución de las variantes según el grado de integración de los informantes muestra que, de forma generalizada, en los hablantes con un mayor número de contactos en el interior del barrio la vigencia de los usos locales es mayor que en los sujetos con una integración moderada o baja, los cuales se decantan por las producciones foráneas. Esta generalidad no se ve confirmada en las variables (l) y (c). En el caso de (l) se produce un predominio claro de las formas supralocales (la variante vernácula apenas tiene presencia en la comunidad), mientras que en el de (c) ocurre todo lo contrario: el uso casi exclusivo de la realización laxa (variante vernácula ampliamente extendida en las hablas canarias).

En los resultados de la tabla 1 sobresale, asimismo, el comportamiento experimentado por la variable (r). Se aprecia claramente que la pérdida del segmento en los infinitivos con pronombre clítico es la forma preferida por los hablantes más integrados en el tejido comunitario. En el resto de sectores de la red local (individuos con una integración moderada o baja) la variante mayoritaria es el sonido vibrante, si bien la elisión también goza de bastante vigencia en el seno de estas configuraciones reticulares. Con respecto a los segmentos (s1) y (s2), también se observa el predominio de los usos vernáculos sobre los estándares. Para ambas variables, los individuos con un mayor número de contactos en el tejido relacional del barrio preferentemente eliden el segmento, aunque también emiten una proporción considerable de aspiraciones. En las producciones lingüísticas del resto de hablantes —esto es, los que presentan una integración moderada o baja en la red local— el sonido sibilante apenas fue registrado. Este grupo ha optado por la realización más vernácula (pérdida del segmento) y, en un grado más acusado que los hablantes anteriores, por su aspiración (variante que, como se ha comentado, se asocia tanto a la norma vernácula de Lomo Largo como a las hablas de prestigio de Canarias).

Los valores de la desviación típica informan sobre el grado de consenso que registrarían los hablantes según su ubicación en la red local con respecto al uso de las variantes lingüísticas alternantes. En este sentido, llama la atención, en primer lugar, el alto grado de consenso existente en el barrio con respecto a la variable (l) (integración baja/moderada = 3,3; integración alta = 7,5): tanto los sujetos bien integrados como los que presentan una integración media y baja parecen ser conscientes del prestigio negativo asociado a producciones del tipo *fatar* (en vez de *fatal*). Es por ello por lo que, presumiblemente, la variante local apenas tiene vigor en el interior de la comunidad. Aun así, se observa claramente que el consenso es más acusado en los sujetos con integración media o baja que entre los que alcanzaron puntuaciones

más altas en su grado de integración comunitaria —no hay que perder de vista que los primeros actualizan una mayor cantidad de vínculos extralocales, además de que han tenido un mayor acceso a la promoción educativa.

En lo concerniente a la variable (r), se observa una situación inversa a la detallada para el segmento anterior: se comprueba que existe una disparidad en el consenso arbitrado por cada uno de los dos grupos estudiados (integración baja/moderada = 24,6; integración alta = 12,3): los hablantes más vinculados al tejido local parecen seguir unas normas de actuación sociolingüísticas más homogéneas que el resto de residentes del barrio. En otras palabras, en las zonas intermedia y periférica de la red de Lomo Largo se asiste a una pugna entre las normas de consenso locales y las foráneas, mientras que en las ubicaciones más internas del mismo tejido no parece existir una clara estigmatización de la elisión de *-r/* en los infinitivos con pronombre clítico.

Los valores de la desviación estándar registrados para las variables (c) (integración baja/moderada = 18,7; integración alta = 12,5), (s1) (integración baja/moderada = 14,6; integración alta = 14,9) y (s2) (integración baja/moderada = 10,1; integración alta = 16,7) revelarían, en primer lugar, que no existen diferencias acusadas en el grado de consenso arbitrado por parte de cada uno de los grupos de sujetos estudiados para las formas lingüísticas alternantes. Ello podría llevar a deducir que las producciones vernáculas no se hallan sometidas a ningún proceso de estigmatización, lo que se vería avalado por el alto índice registrado de variantes de este tipo. Aun así, entre estas tres variables existen algunas diferencias que sería preciso comentar. En el caso del segmento *-s/* [+ gram], la diferencia en cuanto al grado de consenso entre los dos grupos de hablantes es inexistente. En los otros dos segmentos, (s2) y (c), en cambio, sí existe alguna pequeña discrepancia relacionada con la situación del consenso: en la variable (c) la mayor concentración de las normas se produce entre los hablantes mejor integrados en la comunidad, mientras que en (s2) esta tiene lugar en el otro conjunto de relaciones (integración media y baja).

El segundo análisis estadístico consistió en la aplicación de la prueba de Mann-Whitney para muestras no relacionadas. Este análisis permitió poner en relación los valores de cada variable lingüística con cada uno de los dos grupos que se establecieron en los informantes de la muestra según su integración en la red (baja-moderada vs. alta), para así determinar si las diferencias entre ambos grupos eran significativas. Los resultados indican que en todas las variables los individuos que tienen una integración baja y moderada en la red social registran valores más altos tanto en la columna de Rango promedio como en la de la suma de rangos (Tabla 2). Esto quiere decir que en todos los casos los individuos del primer grupo emplean menos las formas vernáculas de habla que los individuos del segundo grupo (recuérdese que a las formas vernáculas se les dio el valor más bajo y a las formas supralocales el valor más alto). Ahora bien, el grado de significación varía en función del tipo de variable lingüística, según revelan los resultados. Las diferencias más acusadas se registran en la variable (r), seguida de las variables (s2), (l), (s1) y (c). Por ejemplo, en el caso de (r) el rango promedio del grupo con integración baja y moderada es de 15,92, mientras que en el grupo con integración alta es de



6,2. En lo que respecta a la suma de rangos, el grupo con una menor integración registra un valor de 191 y el grupo con mayor integración registra un valor de 62. Los resultados de la tabla muestran, además, que las diferencias entre los dos grupos son estadísticamente significativas en las tres primeras variables, que son no significativas en la variable (c), y que se encuentra en el límite de significación en la variable (s1).

TABLA 2. VALORES ESTADÍSTICOS DE LAS VARIABLES LINGÜÍSTICAS DE LA MUESTRA

VARIABLES	INTEGRACIÓN EN LA RED	RANGO PROMEDIO	SUMA DE RANGOS	U MANN-WHITNEY	SIGNIFICACIÓN
(r)	Baja-moderada	15,92	191	7,00	0,000
	Alta	6,2	62		
(l)	Baja-moderada	14,92	179	19,00	0,006
	Alta	7,4	74		
(s1)	Baja-moderada	14	168	30,00	0,05
	Alta	8,5	85		
(s2)	Baja-moderada	15,38	184,5	13,50	0,001
	Alta	6,85	68,5		
(c)	Baja-moderada	13,54	162,5	35,50	0,107
	Alta	9,05	90,5		

CONCLUSIONES

La herramienta de las redes sociales, como se ha visto, resulta operativa solo en determinadas circunstancias que suponen aceptar ciertas restricciones al modelo. En primer lugar, tal y como se ha hecho en Lomo Largo, sería aconsejable verter los esfuerzos analíticos en una comunidad de habla en la que los vínculos asociados a las producciones vernáculas y los que propician las foráneas convivan en una situación de *continuum* que permita entender el espacio social como una red. De este modo, aunque se dejen de lado situaciones curiosas y sugerentes para los investigadores, se atendería a un aspecto crucial que, de ser explotado, cubriría un terreno importante en el fortalecimiento interno del modelo: se sentarían los límites de la herramienta reticular y se desvirtuaría la repetida acusación de los proponentes del posicionamiento débil basada en la imposibilidad de analizar mediante la red una comunidad a gran escala (pues este mismo concepto, *comunidad a gran escala*, recibiría ahora el tratamiento de red). Para los casos en los que la distribución de los lazos y las producciones lingüísticas asociadas a los mismos sea abrupta, cabría plantear que este tipo de situaciones no entra en el punto de mira de un análisis de red (entendido este en un sentido clásico), por lo que, en su lugar, habría que arbitrar otro tipo de procedimiento analítico (que escapa, como es obvio, a los límites de este trabajo).

En segundo lugar, hay que prestar atención a la naturaleza misma de la información lingüística analizada y a la contundencia estadística con la que esta

se vincula a la red. Como ya se expusiera en San Juan y Almeida (2005), algunos trabajos de redes tratan de sostener la fortaleza interna del modelo sobre la base de indicativos estadísticos poco categóricos en lo que a la vinculación entre la variable social y la lingüística se refiere. Ello, unido a los resultados aportados por los análisis del posicionamiento débil, sugiere, de modo inequívoco, que no toda la variación lingüística tiene que verse afectada necesariamente por la fuerza y la configuración de las relaciones que mantienen los seres humanos en sociedad. Dicho de otro modo, hay segmentos lingüísticos cuyas alternancias obedecen a la red social, mientras que en otros concurren circunstancias sociales o lingüísticas distintas de dicha variable, si bien la red podría estar actuando en mayor o menor grado. En consecuencia, y como es lógico, la aplicación del modelo reticular resultará más efectiva en tanto se contemplen alternancias relacionadas con el continuum que va desde lo local hasta lo foráneo (entendiendo ambos conceptos en términos lingüísticos y relacionales) y se sostenga dicha interrelación con el refrendo de una alta significación estadística. En este sentido, los datos de Lomo Largo revelarían que es la variable (r) la única de la que podría afirmarse que se trata de un claro marcador reticular cuyas variantes dependen exclusivamente de la posición que ocupe el hablante en la red. En el resto de variables, a excepción de (c) (cuyo comportamiento se aleja por completo de la ubicación de los hablantes en su tejido relacional), junto a la red estarían funcionando, en mayor o menor grado, otros condicionamientos en los procesos de selección de las formas lingüísticas alternantes; por tanto, no son en sentido estricto marcadores reticulares (solo podría hablarse en términos de tendencias).

En definitiva, existe la posibilidad de acometer un análisis de red partiendo de una concepción amplia de nuestra herramienta de medición del espacio social, aspecto que, hasta el momento, no se había desarrollado en profundidad. Ahora bien, tal y como acaba de ser expuesto en los párrafos precedentes, este aumento del espectro relacional debe ir inexorablemente unido a una disminución del conjunto de situaciones sociolingüísticas que pueden ser abordadas desde la óptica que se ha estado defendiendo, a la vez que a una restricción de las variables lingüísticas analizables. De tenerse en cuenta estas ideas, habremos dado un primer paso en el fortalecimiento de un modelo que, pese a sus años de vigencia, da la sensación de que sus debates intelectuales siguen girando en torno a los presupuestos de los que partieron en su momento.

RECIBIDO: junio 2011. ACEPTADO: septiembre 2011

BIBLIOGRAFÍA

- ALMEIDA, Manuel y Carmen DÍAZ ALAYÓN (1989): *El español de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife: edición de los autores.
- ALVAR, Manuel (1959): «El español hablado en Tenerife», *Revista de Filología Española*. Anejo LXIX.
- (1966): «El español de Tenerife. Cuestión de principios», *Zeitschrift für Romanische Philologie* 82: 507-548.

- (1975): *Atlas lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias*, 3 volúmenes, Las Palmas de Gran Canaria: Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria.
- BARNES, J.A. (1954/1990): «Class and committees in a Norwegian island parish», en J.A. Barnes (ed.), *Models and interpretations: Selected essays*, Cambridge: Cambridge University Press, 67-87.
- BORTONI-RICARDO, Stella M. (1985): *The urbanization of rural dialect speakers: A sociolinguistic study in Brazil*, Cambridge: Cambridge University Press.
- BOTT, Elizabeth (1957/1990): *Familia y red social*, Madrid: Taurus.
- BROUWER, Dédé y Roeland VAN HOUT (1992): «Gender-related variation in Amsterdam vernacular», *International Journal of the Sociology of Language* 94: 99-122.
- BURT, Ronald (2003): «Las posiciones en los sistemas de redes múltiples, parte I: concepción general de la estratificación y el prestigio en un sistema de actores concebido como una tipología social», en Félix Requena Santos (comp.), *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, Madrid: CIS/Siglo XXI, 311-346.
- CATALÁN, Diego (1964/1989): «El español en Canarias», en Diego Catalán, *El español. Orígenes de su diversidad*, Madrid: Paraninfo, 145-201.
- ERICKSON, Bonnie H. (1988): «The relational basis of attitudes», en Barry Wellman y S.D. Berkowitz (eds.), *Social structures: A network approach*, Cambridge: Cambridge University Press, 99-121.
- EVANS, Betsy (2004): «The role of social network in the acquisition of local dialect norms by Appalachian migrants in Ypsilanti, Michigan», *Language Variation and Change* 16: 153-167.
- LABOV, William (1972): *Language in the inner city*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- (2001): *Principles of linguistic change. Volume II: Social factors*, Oxford: Basil Blackwell.
- LABOV, William y Wendell A. HARRIS (1986): «De facto segregation of Black and White vernaculars», en David Sankoff (ed.), *Diversity and diachrony*, Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins, 1-24.
- LASARTE CERVANTES, María de la Cruz (2010): *Variación y cambio lingüístico en una comunidad de inmigrantes rurales en Málaga. Estudio estratificacional, reticular e individual de las consonantes obstruyentes sibilantes*, Málaga: tesis doctoral inédita.
- LORENZO RAMOS, Antonio (1976): *El habla de Los Silos*, Santa Cruz de Tenerife: Caja General de Ahorros.
- MILROY, Lesley (1980/1987): *Language and social networks*, Oxford: Basil Blackwell.
- REQUENA SANTOS, Félix (2008): *Redes sociales y sociedad civil*, Madrid: CIS.
- SAN JUAN, Esteban y Manuel ALMEIDA (2005): «Teoría sociolingüística y red social: datos del español canario», *Revista Internacional de Lingüística Iberoamericana* 5: 133-150.
- TRUDGILL, Peter (1996): «Dialect typology: Isolation, social network and phonological structure», en Gregory R. Guy, Crawford Feagin, Deborah Schiffrin y John Baugh (eds.), *Toward a social science of language, 1*, Amsterdam: John Benjamins, 3-22.
- TRUJILLO, Ramón (1980): *Lenguaje y cultura en Masca*, Santa Cruz de Tenerife: Interinsular Canaria.
- VILLENNA PONSODA, Juan A. (2003): «El valor interpretativo de las redes sociales en el estudio de la variación lingüística: datos de una polémica en curso», en José L. Girón Alcochel, Francisco J. Herrero Ruiz de Loizaga, Silvia Iglesias Recuero y Antonio Narbona Jiménez (eds.), *Estudios ofrecidos al profesor José Jesús de Bustos Tovar, 1*, Madrid: Universidad Complutense, 823-836.
- VILLENNA PONSODA, Juan A. y Félix REQUENA SANTOS (1996): «Género, educación y uso lingüístico: La variación social y reticular de s y z en la ciudad de Málaga», *Lingüística* 8: 5-15.

- WASSERMAN, Stanley y Catherine FAUST (1994): *Social network analysis: Methods and applications*, Cambridge: Cambridge University Press.
- WELLMAN, Barry (1988): «Structural analysis: From method and metaphor to theory and substance», en Barry Wellman y S.D. Berkowitz (eds.), *Social structures: A network approach*, Cambridge: Cambridge University Press, 19-61.
- YAMAGISHI, Toshio (1987): «An exchange theoretical approach to network positions», en Karen S. Cook (ed.), *Social exchange theory*, London: Sage, 149-169.

